

EDUCATING HISTORIANS IN THE LATE FRANCO PERIOD.
READINGS AND TEACHERS (1967-1973). MEMORIES AND
HISTORICAL CONSTRUCTIONS

La formación del historiador en el Tardofranquismo. Lecturas y maestros (1967-1973). Entre la recreación de un recuerdo y la construcción histórica

Santiago de Luxán Meléndez

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

santiago.deluxan@ulpgc.es - <https://orcid.org/0000-0002-7190-9647>

Fecha recepción 10.06.2021 / Fecha aceptación 19.09.2021

Resumen

El texto que presentamos se articula en dos partes. *Lecturas y maestros*, apartado en el que tratamos de aproximarnos a la pregunta de qué historia en la época final del Franquismo que consideramos fue una etapa de expectación ante un cambio de ciclo en España, como fue la Transición democrática. En la segunda parte, *Entre la historiografía francesa y la británica*, se eligen cuatro lecturas que para nuestra etapa de formación fueron importantes,

Abstract

This paper is divided into two parts. In the first, *Readings and teachers*, I examine the late Franco period, a time of hope for change and democratic transition in Spain. In the second part, *Between French and British historiography*, I discuss four readings that were important in our education and which constituted the foundations for our subsequent development. The method employed is the one proposed by the readings, which can be sum-

constituyen el origen de nuestra evolución posterior. El método que hemos seguido ha sido el que proponen las lecturas que puede resumirse en la tensión entre el historiador y su contexto y en el descubrimiento del alma de papel del historiador.

Palabras clave

Historiografía, lecturas y maestros.

marised as the tension between historian and context and the discovery of the essence of the historian's role.

Keywords

Historiography, readings and teachers.

Nos interesa la historia ¿Qué otra cosa hay? (Susan Stanton a Henry Burton, cuando éste último se incorpora al equipo de las primarias del marido de Susan, Jack Stanton, en *Primary Colors* 1998 de Mike Nichols)

Introducción

El texto que presentamos se articula en dos partes. *Lecturas y maestros*, apartado en el que tratamos de aproximarnos a la pregunta de qué historia en la época final del Franquismo que consideramos fue una etapa de expectación ante un cambio de ciclo en España, como fue la Transición democrática¹. En la segunda parte, *Entre la historiografía francesa y la británica*, se eligen cuatro lecturas que para nuestra etapa de formación fueron importantes, constituyen el origen de nuestra evolución posterior. El método que hemos seguido ha sido el que proponen las propias lecturas que puede resumirse en la tensión entre el historiador y su contexto y en el descubrimiento del alma de papel del historiador. Con relación a las lecturas sorprende la falta de vasos comunicantes explícitos entre la historiografía francesa (Marc Bloch y Lucien Febvre) y la británica (George Clark y Edward Hallet Carr).

1. Un contexto pertinente: lecturas y maestros

Este ensayo responde a la necesidad de reflexionar sobre el pasado en épocas de crisis. La situación de excepcionalidad que el mundo está viviendo en los años 2020-21, nos ha hecho volver nuestra mirada a la primera mitad del Novecientos y a la época que, en nuestro país, se vivió durante el tardofranquismo y la crisis del 73-75, o, por último, a la tercera globalización, en la que las fechas de 2008 y 2020 nos sitúan ante una nueva doble crisis mundial de enormes dimensiones, como ya hemos apuntado. En esas circunstancias, con un gradiente distinto, surgieron nuevos planteamientos, o deben aparecer en los momen-

1. Santos Juliá, *Transición. Historia de una política española (1937-2017)*, Barcelona, 2017.

tos actuales, sobre la construcción de la historia. Esta es, en suma, nuestra primera hipótesis de trabajo: las rupturas de la continuidad histórica originan cambios sustanciales en el pensamiento histórico. En el caso del siglo XXI estamos necesitados de un nuevo discurso que sustituya al del fin de la historia².

Estas circunstancias nos han llevado a intentar una reflexión sobre el pensamiento histórico en el que nos formamos desde mi experiencia vivida en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense entre 1967-1968 y 1971-1972. Hemos pretendido trazar un mapa personal de nuestras lecturas (el alma de papel), en las que se entremezclan los testigos, es decir, los textos escritos y los recuerdos de cuándo y cómo los leímos, los programas académicos, incluso, los profesores que nos los ofrecieron.

En estas dos primeras décadas del nuevo siglo es pertinente volver a interrogarse por una nueva historia. Un ejemplo de esto último puede ser el libro *Manifiesto por la Historia* (2014) de Jo Guldi y David Armitage, que he querido entender como una nueva *Apologie de l'histoire*, como una defensa de las Humanidades y, de paso, de la función de la Universidad. Leo en sus páginas que las Universidades son -o deberían ser- ámbitos específicos para pensar. Son portadoras de las tradiciones del conocimiento profundo. Deberían ser centros de innovación donde se realizase la investigación, sin la presión del beneficio o del mercado laboral, de la aplicabilidad inmediata. Si la Universidad adopta un criterio empresarial -sigo leyendo- no habrá investigación en el largo plazo. La historia perderá su razón de ser, acogotada por el tiempo breve.

Los libros que uno escoge, o le recomiendan leer, durante su primera formación – aunque la vida sea un continuo aprendizaje- forman parte de nuestro contexto, no son tiempo que se fue, sino más bien tiempo retenido en el sentido que le daba Luis Cencillo, del mismo modo que las circunstancias en las que se produce nuestro desarrollo vital. Por otro lado, como escribe el biógrafo de E. H. Carr, no se nos debe olvidar que la memoria es un continuo proceso de recreación y no un mero almacén de información³. Estas lecturas intentan responder al reto inicial. Al de la primera formación, la que se recibe en los grados y posgrados universitarios, en que algunos de nosotros hemos podido tener «historias paralelas»⁴. Pretendemos también acercarnos a ellas de nuevo, para entender lo que podemos llamar «la

2. Una reflexión parecida la realiza Julio Aróstegui al escribir sobre el concepto de contemporaneidad y su relación con el siglo XXI: Julio Aróstegui, “La contemporaneidad, época y categoría histórica”, en Paul Aubert (coord.), *Transitions politiques et culturelles en Europe méridionale (XIXe-XXe siècle). Dossier des Mélanges de la Casa de Velázquez. Nouvelle série*, 36 (1), 2006, 109.

3. Jonathan Haslam, *E.H. Carr. Los riesgos de la integridad*. Valencia, 2008, 15.

4. Mi generación es la que ingresó y terminó sus estudios en la Universidad, entre el 67 y el asesinato de Carrero Blanco en 1973. Tomo la expresión de “historias paralelas” que recuerda a Plutarco de Julio Aróstegui, en su contribución a un número monográfico coordinado por Octavio Ruiz Manjón, inspirado en Pierre Nora y sus *Essais d'ego-histoire*. “Autorretrato en escorzo (y nada complaciente) con figuras al fondo”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2005, vol. 27, 53-59. Aclaro que solo comparto alguna parte del discurso de Aróstegui del que alabo su sinceridad y, sobre todo, su postulado final de que la vida y la historia es cambiar, aunque no solo.

mochila», el background, «la memoria cultural académica» de los historiadores e investigadores en el sentido apuntado por la historiadora Camille Creighton⁵. Todo ello pensando en el discurso de larga duración, al que antes nos hemos referido. Pero si aceptamos la premisa de Febvre, del pasado no nos acordamos, siempre lo reconstruimos (*Combats*, p.32).

Quiero apuntar como segunda hipótesis que las lecturas con las que nos iniciamos en la época de nuestra formación fueron las elaboradas por historiadores que vivieron la Guerra de los treinta años del siglo XX (Tony Judt), o que nacieron en ese período. En el caso de España con el agravante de una guerra civil, de la que se salió con una larga dictadura.

Es importante apuntar qué entendemos por tardofranquismo. Sin necesidad de ser en este momento más precisos, el período histórico que comienza con el Referéndum de 1966 y la ley Fraga de prensa -en un nuevo marco que arranca con el Plan de Estabilización de 1959- que supusieron una moderada apertura. Eran los años en que gobernaban los tecnócratas y se realizaban los planes de desarrollo. En fin, los años en que eran manifiestos los cambios de la sociedad española, tantas veces recordados, que empezaron a situarnos en niveles de vida mejores, generados por la emigración a Europa, la llegada del turismo, el acceso a la enseñanza superior de más españoles y un largo etc., que no es el momento de anotar ahora. Lo que sí parece evidente es que, pese a algunos esfuerzos bien intencionados, el «Régimen» no era capaz de evolucionar y de traer la democracia a España. Es precisamente en esos años conflictivos de fin de una etapa, cuando accedimos a la Universidad -que había vivido una importante crisis dos años antes con el expediente y apartamiento de sus cátedras de una serie de profesores de la Universidad Complutense y de la de Salamanca- y a estos libros sobre los que ahora queremos reflexionar.

La tercera hipótesis tiene que ver con nuestros «maestros directos». Por ahora, lo único que voy a apuntar es la que la sombra de Vicens Vives (1910-1960) hasta la muerte de Franco fue muy alargada, sobre todo a través de su *Historia Económica de España*, (Barcelona, Editorial Vicens Vives, 1969) publicada en colaboración con Jordi Nadal⁶; también lo fue la de Pierre Vilar y su Cataluña en la España Moderna que tuvo una primera edición en catalán en 1964; algo menos la de J.A. Schumpeter, cuyo *Capitalismo, Socialismo y Democracia* nos llegó en la traducción de Aguilar de 1963 y nos fue recomendado en el curso de tercero en que cursamos una asignatura de sociología por Dalmacio Negro Pavón. Nuestros

5. Camille, Creighton, *La survivance de Michelet: Historiographie et politique en France depuis 1870*. 2016, 15 <https://dare.uva.nl/search?identifier=1839fcc1-beb2-4dd9-9dd2-cd8a39fb4324> [consulta 06.05.20].

6. Tomo la imagen de la novela de Miguel Delibes (1920-2010), *La sombra del ciprés es alargada*, Premio Nadal 1947, publicada al año siguiente en la colección Ancora y delfín de la editorial Destino. Cf. Fernando Valls, “El largo destino de ‘Áncora y Delfín’”, *El País*, 10 de noviembre de 2004, https://elpais.com/diario/2004/11/11/catalunya/1100138841_850215.html [consulta 20.05.20]. Miguel Delibes escribió un texto en que puede apreciarse su relación con la editorial, *España 1936-1950: muerte y resurrección de la novela*, Barcelona, Destino, Ancora y Delfín. En la novela se respira el pesimismo derivado de la Guerra civil española. Ese año de 1947 Vicens accedió a la cátedra de Historia Moderna de la Universidad de Zaragoza, que significó su vuelta a la Universidad después de la contienda española. l.

maestros son los que nosotros elegimos, en el sentido al que se refiere Steiner⁷. Los cambios de la tercera globalización implican una inteligencia emocional diferente en la relación profesor-discípulo. Si el paradigma de la enseñanza telepresencial se impone después de la pandemia del Covid 19 se habrá consumado un cambio trascendental. Aquello de que solo la palabra y el cara a cara, junto al codo a codo de los alumnos, pueden garantizar una buena enseñanza -tanto si hablamos de lecciones magistrales, como de relaciones de tutoría- habrá pasado a mejor gloria. Por otro lado, la incorporación masiva de la mujer a la creación, tanto en el campo de la ciencia, como en el de las humanidades, está introduciendo una nueva sensibilidad y una relación de igualdad, que acabará impregnando las jerarquías sociales y reforzando la horizontalidad en las relaciones de aprendizaje y magisterio. Aunque no es solamente la incorporación de la mujer, sino el aumento demográfico, o si se prefiere una mayor universalización de la cultura. Considero que la generación del tardofranquismo, contrariamente a la añoranza de Julio Aróstegui, o a su envidia desde España a otros sistemas universitarios, no llegamos a venerar la figura del maestro como jefe de escuela, cosa que si hicieron los que inmediatamente nos precedieron porque necesitaban encuadrarse en algún grupo para realizar una carrera académico-administrativa. Aunque la figura del maestro como creador de pensamiento va más allá del papel de jefe de filas. Los científicos han tenido siempre mucho menos problemas a la hora de reconocer a los investigadores principales. Prueba de ello es que firman colectivamente sus artículos, circunstancia que en las ciencias sociales y humanidades es un hecho mucho más reciente y poco aceptado. La existencia de agencias externas de evaluación, pese a todas las críticas que quieran realizarse, ha introducido el concepto de excelencia que, al menos en teoría, debería rebajar la importancia del jefe de filas en los inicios de la carrera de un profesor. Lo que, si nos interesa preguntarnos, con Steiner, es si las lecciones de los maestros sobrevivirán. Por otro lado, si aceptamos como premisa que la historia es elección, insisto, la de nuestros maestros también lo es, pero *sine ira*, sin que tengamos que otorgar diplomas de buenos y malos maestros, según la corrección política actual. Tanto entre los historiadores positivistas anteriores a la guerra civil, como entre los que desarrollaron su actividad durante los años cincuenta, sesenta y setenta, hubo buenos profesionales y magníficos historiadores y esta última circunstancia, junto a la influencia real que pensemos hayan tenido, es la que debe primar.

En definitiva, situamos la etapa del tardofranquismo, como antesala de la transición a la democracia en España, entre dos crisis históricas. Como hemos señalado el presupuesto inicial es que en la etapa de entreguerras hay una reacción muy importante contra la historia positivista que tiene su origen en Ranke en los años cuarenta del siglo XIX. Ese modo de hacer historia era liderado por los alemanes, pero participaron de él todos los historiadores occidentales. El historiador realizaba, o eso creía, ciencia y los hechos eran objetivos y el investigador solo tenía que observarlos, recopilarlos y explicarlos. Predominaba la historia política y se valoraba mucho la precisión en las fechas. La Gran Guerra, la crisis del 29 y la gran depresión subsiguiente y la Segunda Guerra Mundial, debieron perturbar la conciencia

7. Georges Steiner, *Lecciones de los maestros*, Madrid, 2016.

de los historiadores trastocando sus preocupaciones y con ello su concepción de la historia. La mortandad de la guerra y la llamada fiebre española, el paro subsiguiente a la desmovilización, la llegada de la crisis después de una breve tregua de crecimiento, el descenso alarmante del PIB en los países capitalistas con los daños colaterales de aumento de la desigualdad y de la pobreza, la contracción del comercio, la alternativa al sistema de la Revolución soviética, llevaron a muchos historiadores a plantear una nueva manera de hacer historia. La economía se convirtió en el adjetivo fundamental de esta, y junto a ella su prima hermana, la historia social (sociología), sin dejar atrás la importancia del medio (geografía). Todavía tendría que pasar algo de tiempo para que entrase con fuerza la historia de las mentalidades. Estas ciencias emergentes (economía, sociología, geografía, antropología, ciencia política, ciencias de la organización de la empresa, etc.), amenazaban con hacer perder su sitio a la historia general, de ahí la necesidad de un nuevo discurso que la defendiera.

En 1977, en una recensión sobre un libro de historiografía, en el que participaban algunos de los profesores más importantes de esos años, planteé el problema de la relación de la historia general -trasponiéndolo al término de *Annales* de Historia total- y las historias particulares⁸. Entonces constatamos que la tendencia creciente a la especialización sobre la base de la aproximación diferenciada a otras tantas ciencias sociales, como escribía Jover Zamora, era uno de los rasgos más notables de la historiografía de nuestro tiempo⁹. El segundo era la preocupación creciente en España por la teoría y la metodología¹⁰. Unos años antes de este libro, Pierre Vilar escribía que solo es infructuosa la investigación sin finalidad, el esfuerzo sin método, pronunciándose partidario por el exceso de inquietud metodológica a la ausencia de esta¹¹. En nuestro país esa problemática se reflejó por dos caminos, el de la asimilación de las propuestas de Braudel y compañía y el de la recepción del marxismo, que también nos llegó a través de las grandes monografías francesas¹².

Esa historia que se inicia en entreguerras y se consolida en la posguerra, tardó en llegar a España, por las circunstancias específicas de los años posteriores al conflicto civil español: una cruel dictadura en su primera parte. Vicens se ha referido al contexto en que se inicia la historiografía tras la guerra, resaltando la ruptura con la llamada edad de plata de la cultura española, en la que se desarrolló la Junta para Ampliación de Estudios. De modo escueto

8. Santiago de Luxán Meléndez, “Historia total o historias particulares. La historiografía española en 1976”, *Cuadernos de Investigación histórica* 1 (1977), 217-220. Recensión del libro *Once ensayos sobre la historia*, Madrid, 1976.

9. José María Jover Zamora, “Corrientes historiográficas en la España contemporánea”, en VV.AA. *Once ensayos sobre la historia*, Madrid, 1976, 236.

10. En el libro al que nos referimos, de modo especial, los estudios de José Ángel García de Cortázar, “Los nuevos métodos de investigación histórica”, 31-47; Juan José Carreras Ares, “Categorías historiográficas y periodización histórica”, 51-6; o Francisco Tomás y Valiente, “Historia del Derecho e Historia” 161-181.

11. Pierre Vilar, *Catalunya dins l'Espanya Moderna*, t. I, Barcelona, 1964, 17.

12. Una contextualización de estos temas, que leímos en esos años, puede encontrarse en un campo más amplio que el puramente historiográfico, en Elías Díaz, *Pensamiento español 1929-1973*, Madrid, 1974. Con relación a la recepción del marxismo, Jover, *op. cit.*, 244-245.

El punto de partida correcto para toda consideración relativa a la vida española reciente es la fecha en que el país, por imperativos cuya dilucidación es ajena a la índole de este trabajo, se escindió en dos bandos en una lucha fratricida que había de durar cerca de tres años. Esta premisa no puede ser obviada ni relegada a segundo término, pues pesa doblemente sobre el futuro de la producción histórica nacional: en primer lugar, cercenando la línea de continuidad en tales estudios; luego, provocando un crítico período de reajuste, durante el cual se han echado de menos muchos de los antiguos colaboradores en las tareas historiográficas nacionales. Nadie puede predecir hasta qué grado de desarrollo habría remontado la escuela histórica española teniendo en cuenta los innegables arrestos que la habían distinguido durante las décadas de 1915 a 1935¹³.

Esa historia es la que descubren algunos profesores españoles -hemos citado más arriba a Vicens Vives- cuando salen de nuestras fronteras y participan en los congresos internacionales. El de París de 1950, primero que se celebraba desde 1939, supuso una normalización de las relaciones entre los historiadores europeos y una primera entrada en escena de los investigadores españoles. Vicens se ha referido en diversos escritos a este desembarco¹⁴. Después vendrían el de Roma de 1955 y el de Estocolmo de 1960. José Luis Sampedro utilizó como telón de fondo estas rupturas del aislamiento de los científicos españoles en *Congreso en Estocolmo*, aunque en este caso la reunión científica era de matemáticas (Madrid, Aguilar, 1952).

13. El desarrollo de la historiografía española en la década posterior a 1939, fue analizado por el historiador catalán en “Desarrollo de la historiografía española entre 1939-1949”, en *Saeculum* (Munich, 1952), 477-508. Publicado por primera vez en castellano en *Obra dispersa* (II), Barcelona, 1967, 15-35. La cita en la p. 15. En este artículo Vicens apuntaba a que después del reajuste de la posguerra inmediata los esfuerzos debían dirigirse hacia una nueva síntesis de la historia española (p.20). Llama la atención de esta reflexión que no hay mención alguna a la historia contemporánea de España, excepción del nombre de Jesús Pabón ‘especialista en los estudios históricos contemporáneos universales’ (p. 35). Sobre los comienzos de la historia contemporánea, los artículos de Vicente Cacho Viu, “Los supuestos del contemporaneismo en la historiografía de posguerra”, *Cuadernos De Historia Contemporánea*, 1988, 9, 17. Recuperado a partir de <https://revistas.ucm.es/index.php/CHCO/article/view/CHCO8888120017A>) y Carlos Seco Serrano, «La historiografía contemporánea actual» (*Ibidem*, 109-124). Apunta, este último, que antes de la Guerra Civil la historiografía española estuvo dominada por los medievalistas, después por los cultivadores de la historia contemporánea.

14. Por ejemplo, “El Congreso Internacional de Historia de París”, *Destino*, nº 684, 16 de septiembre de 1950. Recogido en *Obra dispersa* (II), *op. cit.*, 477-478. Vicens recogía en esta breve nota que el interés del Congreso se había centrado en la discusión de las ponencias relativas a la historia económica, institucional y social. Igualmente, a la oportunidad que se le abría a la historiografía española por la riqueza de nuestros archivos y por la concepción metodológica de la unidad del mediterráneo. Junto a Vicens acudieron a París Cayetano Alcázar, el padre Miquel Batllori, Vicente Palacio Atard, José Cepeda, José María Lacarra, etc. La asistencia de Vicens a los congresos internacionales se inició en 1938 (véase el prólogo de José María Lacarra al *Obra dispersa* (II), *op. cit.* Una referencia de interés en José María Jover Zamora, “El siglo XIX en la historiografía española contemporánea (1939-1972)”, en *El siglo XIX en España. Doce estudios*. Barcelona, 1974, 9-151. La cita en la pp. 10-12.

Son los profesores que se incorporan a la universidad en los años previos al segundo franquismo, a partir del Plan de estabilización del 59, los que van a introducirnos en esta historia a los que accedemos a la Universidad en torno al 68. Nos referimos, por ejemplo, a Antonio Ubieta (1923-1990), medievalista, discípulo de José María Lacarra –que podemos relacionar también con Vicens-, a Joan Reglá (1917-1973)¹⁵, discípulo directo del historiador catalán, a José María Jover (1920-2006)¹⁶ y a Carlos Seco (1923-2020)¹⁷, autores de una *Introducción a la Historia de España*, que abría las puertas de esta disciplina que con carácter general se cursaba en segundo de Comunes de la carrera de Filosofía y Letras. Pueden ser considerados la generación siguiente a Vicens y la que incorporó a los estudiantes de esa época a la historia que se hacía en España y fuera de España. Sin olvidarnos de los profesores ayudantes y contratados¹⁸. Efectivamente, historia económica y social y revalorización de la historia contemporánea que hasta entonces se estudiaba muy poco. En el caso de España, los libros terminaban en la Guerra Civil.

En mi caso concreto tengo que señalar mi encuentro con José María Jover que hizo de profesor intermediario con obras relevantes en la formación de mi generación y que puedo considerar, junto a Vicente Cacho Viu¹⁹ y Manuel de Terán²⁰, mi maestro. Estos profesores en la fase de madurez de sus carreras apuntaban no solo hacia la Escuela de *Annales*, sin olvidarnos de Labrousse²¹ o Vilar, aunque la figura de Braudel²² fuera dominante, sino también hacia

15. El propio Reglá escribió *Introducción a la Historia. Socioeconomía, política y cultura*. Fundación Española de Historia Moderna, 2007, prólogo de Emilia Salvador Esteban (1ª edición en catalán 1967).

16. María Victoria López Cordón, “La obra y la personalidad de José María Jover Zamora”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº9, 1988, 29-40. Ignacio Peiró Martín, “Las metamorfosis de un historiador: el tránsito hacia el contemporaneísmo de José María Jover Zamora”, *Jerónimo Zurita*, 82, 2007, 175-234. Rosario Ruiz Franco (ed.), *Pensar el pasado. José María Jover y la historiografía española*, Madrid, 2012.

17. <https://www.nuevarevista.net/entrevista-carlos-seco-serrano/>[consulta 04.06.21].

18. Ignacio Peiró Martín, “Autobiografía de una generación: España, 1975-1984”, *Hispania Nova: Revista de historia contemporánea*, 2014, 12. En este artículo Peiró comenta el artículo de Aróstegui, al que nos hemos referido. Ignacio Peiró Martín, *Historiadores en España. Historia de la Historia y memoria de la profesión*, Zaragoza, 2013, 81-84 y 193-259. Igualmente, “Historiadores en el purgatorio. Continuidades y rupturas en los años sesenta”, *Cercles. Revista d’Història Cultural*, 16, 2013, 53-81.

19. Vicente Cacho Viu, *La Institución libre de Enseñanza*, Madrid, 1962.

20. Manuel de Terán y Luis Solé Sabarís, *Geografía regional de España*, Barcelona, 1968. Cf. Josefina Gómez Mendoza, “Cincuenta años de la Geografía Regional de España, obra universitaria, de escuela y de época (1968-2018)”, *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 79, 2018, 1-38. <http://dx.doi.org/10.21138/bage.2744>. [consulta 30.05.21] Las monografías fundamentales que estudiamos fueron *El Tratado de Geografía Humana* de Max Derruau (Barcelona, Vicens Vives, 1969), del mismo autor su *Europa* (Barcelona, Labor, 1965), y *L’Afrique* de Pierre Goussier (París, Hachette, 1970) que impartió en Quinto curso como tema monográfico Antonio Gil Olcina.

21. Ernst Labrousse, Madrid, 1973.

22. Nuestro primer encuentro con Braudel fue con *Las civilizaciones actuales. Estudio de Historia Económica y Social*, Madrid, 1966. El libro fue el manual que sustituyó en Primero de Comunes (1967-1968) que impartió Julio Valdeón Barúque, al de Manuel Ferrandis *Historia General de la Cultura*, Madrid 1964, que

el hispanismo anglosajón. Eran historiadores muy presentes, entonces, Herr, Elliott, Lynch o Carr²³, entre los más significativos. Por tanto, accedimos a la universidad, en un momento en que la figura de Vicens (fallecido en 1960) todavía estaba presente, en el que se nos ofrecen nuevas síntesis. Mis referencias, que no tratan de ser exhaustivas se dirigen hacia la historia moderna y contemporánea porque es la especialidad que estudié. Esta incorporación a nuestras lecturas de los historiadores anglosajones nos conducirá por otro lado, a una revalorización de la historia política. La referencia a Jover se completa señalando como ejes básicos de su enseñanza: la Historia de España en Europa (la perspectiva de la historia comparada²⁴), Historia integral, historias particulares, Relaciones internacionales, Historia humanista.

2. Entre la historiografía francesa y la británica

En este apartado vamos a referirnos a las lecturas más significativas sobre cómo hacer la historia que nos recomendaron como introducción al oficio de historiador en aquellos años.

2.1. Dos lecturas paralelas. La teoría serena de Marc Bloch (1886-1944) y la crítica sin remilgos de Lucien Febvre (1878-1956).

Un homme qui dort tient en cercle autour de lui le fil des heures, l'ordre des années et des mondes. Il les consulte d'instinct en s'éveillant, et y lit en une seconde le point de la terre qu'il occupe, le temps qui s'est écoulé jusqu'à son réveil; mais leurs rangs peuvent se mêler, se rompre (Marcel Proust, *À la recherche du temps perdu*, I *Du côté de chez Swann* (Première partie).

Atendemos en primer lugar al medievalista francés, fundador, con Lucien Febvre, de la Escuela de *Annales*, Marc Bloch. He situado en la cabecera del epígrafe una cita de Marcel Proust, que alude al sentido del tiempo y del espacio, a la diferencia entre el sentido del tiempo soñado -quizá el del historiador- y el tiempo del despertar. A la fragilidad de la separación entre ambos mundos, que pueden contaminarse y destruirse.

La segunda entrega está consagrada a Lucien Febvre. Massimo Mastrogregori²⁵, sugiere en su libro sobre el manuscrito de la *Apologie pour l'Histoire*, las diferencias entre un Bloch

se jubiló ese año. Sobre Braudel y su influencia actual a través de su relación con Estados Unidos, Giuliana Gemelli, *Fernan Braudel*, Valencia, 2005.

23. Richard Herr, *España y la revolución del siglo XVIII*, Madrid, 1962. John H. Elliott, *La España imperial 1469-1716*, Barcelona, 1965. John Lynch, *España bajo los Austrias*, Barcelona, 1972.

24. John H. Elliott, *Haciendo Historia*, Madrid, 2012, 189-217.

25. Massimo Mastrogregori, *El Manuscrito Interrumpido de Marc Bloch: Apología Para La Historia o El Oficio de Historiador (Sección de Obras de Historia)*, México, 1969. Cf. el n° 36 (1995) de la revista *Iztapalapa*, consagrado a *Annales, historia y presente*, la contribución de este autor, "El problema histórico de los primeros *Annales* (1929-1945)", 9-22. En este artículo Mastrogregori explicita la colaboración entre Febvre

historiador y un Febvre, más empresario de los *Annales*, -o, más inclinado a intervenir sobre la organización de los estudios y el saber- al referirse al tándem que formaron en la empresa cultural que fue la revista. O, igualmente, el acento más conservador de Febvre, frente al innovador de Bloch, al que se han referido algunos historiadores, para los años anteriores al estallido de la Segunda Guerra Mundial²⁶.

En el libro de Bloch no se detecta el trasfondo que le tocó vivir, especialmente su confinamiento y persecución por los alemanes. Sin embargo, esa relación con el ambiente sí que es palpable en *Combats pour l'Histoire*, especialmente en las recensiones de libros, incluidos en el texto, realizada por Febvre en *Annales*, a partir de 1929. En estos momentos no tengo constancia de las que escribiese Bloch y del estilo y ruido de fondo de ellas. Sin embargo, teniendo presente la admiración que tanto Bloch, como Febvre, tuvieron de Henri Pirenne es pertinente sacar a colación la recensión que publicó en *Annales* (1935) sobre la *Historia Económica y social de la Edad Media* de aquel, al que accedimos en aquellos años²⁷.

Mi recuerdo de estas lecturas no registra que me preocupase por el contexto de los autores²⁸, cuando escribieron sus obras. Se trata más bien de un anclaje en el pasado, que sigue existiendo porque lo guardábamos en los estantes de una librería, junto a diversos testimonios de otros tiempos, pero que hacía mucho tiempo que no nos ocupábamos de ellos. Así como lo que escribimos tiene vida propia, los libros también pueden tener varias vidas y nos podemos encontrar con ellos en diferentes circunstancias y extraer de ellos nuevas vivencias. Debemos situarlos en el contexto desde el punto de vista intelectual, lo que algunos llaman -quizá el propio Febvre - «conciencia de época». El libro de Bloch diferencia entre la memoria personal -que puede recrear el recuerdo- y la historia, que es una construcción. Estoy intentando, partiendo del recuerdo, redactar una historia de los años sesenta-setenta. Hoy día esa laguna de la primera lectura me parece manifiesta y me habría llevado en su tiempo a comprender e interiorizar mucho mejor el pensamiento de este y otros autores.

Esa nueva lectura nos ha hecho preguntarnos por la necesidad de la defensa de la historia, a la que alude el título de Bloch, que nos introduce en un terreno concreto de la historia del pensamiento, en el que se inserta el papel del ejercicio de la historia, su función, que, según he podido leer, es la parte interrumpida del mensaje. De otra manera, además del conocimiento de las circunstancias de estos dos historiadores, habría que haber tenido en cuenta esa «apologie» de la historia que intentaron realizar con la revista *Annales*. Y si era necesaria una defensa era porque la historia había perdido su sitio, o lo estaba perdiendo, y era perentorio recuperar su aliento, volver a definirla. Jacques Le Goff, en el prólogo a la edición de la *Apologie*, revisada y anotada por el hijo del historiador, en 1993, escribe al respecto:

y Bloch. Igualmente, Ignacio Olabarri, *Las vicisitudes de Clío (siglos XVIII-XXI). Ensayos historiográficos*. Salamanca, 2013.

26. Olivier Dumoulin, *Marc Bloch o El compromiso del historiador*, Granada, 2003. Igualmente, Carol Fink, *Marc Bloch. Una vida para la historia*, Valencia, 2004.

27. Cit. H. Van Werveke en la reedición española de 1969 (México, Fondo de Cultura Económica, 5).

28. Françoise Dosse, *La historia en migajas, De Annales a la nueva Historia*, Valencia, 1988, 17-97.

Esta defensa se ejerce contra los ataques explícitos que va evocando en la obra y en particular los de Paul Valéry, pero también contra la evolución real o posible de un saber científico a cuyos márgenes sería expulsada la historia, o incluso excluida. También puede creerse que Marc Bloch quiere defenderla contra los historiadores que, a sus ojos, creen servirla y le hacen un flaco servicio. Por último, y creo yo que tal es uno de los puntos fuertes de la obra, intenta precisar las distancias de la obra ante los sociólogos o los economistas cuyo pensamiento le interesa, pero cuyos peligros para la disciplina histórica también ve. Tal será el caso, como veremos, de Emile Durkheim o de François Simiand (...) Como punto de partida, Marc Bloch toma la pregunta de un hijo a su padre, ¿para qué sirve la historia? Esta confidencia no sólo nos muestra a un hombre que es tanto padre de familia como servidor de su propia obra; nos introduce en el corazón mismo de una de sus convicciones: la obligación de la difusión y de la enseñanza de sus trabajos por el historiador. Nos dice que debe ‘saber hablar, en el mismo tono, a los doctos y a los alumnos’ y subraya que ‘tal sencillez es el privilegio de unos cuantos elegidos’. Aunque sólo fuera por esta afirmación, la obra seguiría siendo hoy -cuando la jerga técnica ha invadido demasiados libros de historia- de una actualidad palpitante (prefacio, pp. 9-33).

Pero esta defensa es el resultado final de un proyecto de establecer un campo historiográfico nuevo, que definen como historia económica y social -parece que más en la línea de investigación de Bloch que en la de Febvre, más consagrado a la relación con la geografía o a la historia de las ideas- que es el adjetivo que ambos historiadores pusieron a la revista que fundaron, pero que se venía gestando desde el final de la Gran Guerra, y en la que intentaron involucrar, como señalamos más adelante, a Henri Pirenne, y cuya última pretensión era hacer una historia viva, una historia útil²⁹.

La *Apologie pour l'Histoire* (1949) de Marc Bloch -que podríamos traducir por defensa de la Historia- nos fue recomendado en el curso 1968-1969, en el segundo año de Comunes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid, por el profesor Vicente Cacho Viu, que impartía la asignatura de Historia de España, para hacer un trabajo -me imagino que un comentario extenso de manera libre sobre él, lo que llamaríamos un ensayo- con el fin de aspirar a una calificación superior al notable³⁰.

Según podemos ver en la introducción y en el texto final de Lucien Febvre, a quien fue dedicada la obra³¹, Marc Bloch lo escribió sin la posibilidad de consultar libros, entre

29. Mastrogregori (1995), *op. cit* 13.

30. Leímos, en su día, la 5ª edición de la traducción al español de la 1ª ed. francesa (París, Armand Colin, 1949), publicada, en la colección Breviarios, por la Editorial El Fondo de Cultura Económica de México. Hemos regresado a sus páginas en este abril de 2020, globalizado por la pandemia del Covid-19. La traducción corrió a cargo de Pablo González Casanova, que fuera rector de la Universidad Autónoma de México, y del escritor valenciano Max Aub, que cambiaron, inexplicablemente el título y lo llamaron *Introducción a la Historia*.

31. En 1945, *Annales* consagró un número monográfico a Marc Bloch. *Annales d'histoire sociale*. 8^e année N. 1, 1945. La revista se abre con un artículo de Lucien Febvre, “De l'histoire au martyre. Marc Bloch 1886-1944”, *Annales d'histoire sociale*. 8^e année, N. 1, 1945. 1-10. DOI: <https://doi.org/10.3406/ahess.1945.3143>. www.persee.fr/doc/ahess_1243-258x_1945_num_8_1_3143 [consulta 07.05.20].

1941-1943. Tiene la elaboración de este manuscrito que quedó sin concluir, en consecuencia, un tinte ciertamente trágico, porque el historiador francés fue hecho prisionero por los alemanes y fusilado en un campo al norte de Lyon el 16 de julio de 1944, «pocos días después del desembarco en Provenza, cuando ‘vacían’ las prisiones ejecutando matanzas en masa de patriotas» (*Combats*, p. 219)³². El trasfondo que no se explicita de muchas de las reflexiones de Bloch no es solo la experiencia angustiosa que debió vivir mientras redactaba el manuscrito y participaba en la lucha clandestina contra los alemanes, además de la que tuvo durante la Primera Guerra Mundial que vivió en las trincheras, cuando aún no había alcanzado la treintena. El trasfondo está constituido también por su experiencia y desarrollo profesional como historiador. En el capítulo final de *Combats* (pp. 219-246), como ya he apuntado, Febvre contextualiza el proceso de escritura de esta obra y reflexiona sobre la nueva historia («hacia otra historia»).

En las fotos que nos han llegado de su última etapa encontramos a un hombre de gesto y sonrisa contenidos, pero sin rictus de amargura. Es de interés reseñar que acabó su carrera académica como profesor de Historia Económica en la Sorbona, puesto al que accedió en 1936³³. Durante la Segunda Guerra Mundial, después de haber sido expulsado por el Régimen de Vichy por su condición de judío, se unió a la resistencia. El historiador fue, entonces, a la vez, hombre de acción y de pensamiento. Esa actitud vital, sin embargo, que significaría su participación plena en los conflictos que le tocó vivir, insisto, no me ha parecido que se refleje en modo alguno en la *Apologie pour l'Histoire*³⁴. El interés por las circunstancias vitales en que la obra de Bloch fue escrita nos impresiona conforme los años pasan. Estas circunstancias vitales han pasado tangencialmente al guion de la obra de teatro, *Historia*, de Juan Vilanova Claudín (Madrid, 2016) -estrenada en la Sala Beckett de Barcelona el 20 de enero de 2016- que tiene a este acontecimiento como uno de sus argumentos y a un Marc Bloch, cercano a los sesenta

32. Georges Altman, “Au temps de la clandestinité: notre “Narbonne” de la résistance”, *Annales d'histoire sociale*. 8^e année, N. 1, 1945, 11-14. En este artículo se narra brevemente su entrada en la Resistencia, su tortura y su fusilamiento. Se trata de un recuerdo emocionado, cuando la muerte del historiador era todavía muy cercana. “Narbonne” es uno de los apodos que utilizó en la Resistencia Marc Bloch. DOI: <https://doi.org/10.3406/ahess.1945.3144>. www.persee.fr/doc/ahess_1243-258x_1945_num_8_1_3144 [consulta 07.05.20]

33. Jacques Le Goff, *Marc Bloch*. Dialnet-MarcBloch-4796571 [Consulta 04.05.20]. Datos tomados del libro: Étienne Bloch, *Marc Bloch. El historiador en su laboratorio*, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, 2003. Reinaldo Rojas: “Étienne Bloch: bibliógrafo de Marc Bloch”, en *Historia y Memoria* (enero-junio de 2018), 349-367. Dialnet-EtienneBloch-6309898. [Consultado el 4 de mayo de 2020].

34. El libro se escribe entre 1941 y 1943, es decir, en las condiciones impuestas por la guerra contra los alemanes y en un ambiente cruel de persecución contra los judíos que lo afectó hondamente. Terminada la guerra, la casa de los Bloch, en Fougères, había sido ocupada y saqueada. Sin embargo, su hijo Étienne «entra en posesión del libro inconcluso, y a finales de 1944, entrega la parte principal a Febvre, conservando dos copias de una redacción previa». Massimo Mastrogregori, 1998, *op. cit* 80. Esta nota la hemos tomado del artículo de Rojas, citado más arriba. Es de gran interés la reseña de este último libro por H. Sorgentini, “Mastrogregori, Massimo. El manuscrito interrumpido de Marc Bloch. Apología para la historia o el oficio de historiador”, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, 140 páginas [En línea]. *Cuadernos del CISH*, 4(5). 1999, Disponible en: http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.2852/pr.2852.pdf.

años, como personaje. El drama empieza con el fusilamiento del historiador³⁵. Y lo entendemos mucho mejor si acudimos al testimonio del propio Bloch sobre la guerra³⁶.

Vamos a destacar a continuación algunos de las reflexiones de Bloch que a nuestro entender conviene seguir teniendo presentes. Se trata de comentarios que convierten a esta obra en un clásico. En la primera parte podemos encontrarnos con algo tan sencillo y directo como que la historia se refiere a los hombres en su contexto. Del mismo modo la intensidad puesta en la escritura, en el tacto de las palabras. El discurso histórico se construye con palabras en continuo cambio a las que debemos prestar toda nuestra atención. Se necesita sugerir porque todo no se puede medir, porque todo no se puede abarcar. Entrando en el terreno de las categorías morales, es una premisa no enjuiciar. Hacer historia es un ejercicio de comprensión, de explicación, en suma.

Está siempre presente la idea del tiempo permanente y el tiempo cambiante que nos anuncian a Braudel. Es el momento en que aparece escena Henri Pirenne³⁷, en cuya boca se pone un latiguillo que sigue impactando al lector: sin interés por el presente no se puede entender el pasado. El camino de la investigación nos conduce de lo mejor conocido a lo insuficientemente percibido.

La complejidad del objeto nos lleva a plantear que la historia es colaboración, la historia se hace formando equipos, «las investigaciones históricas no admiten la autarquía». Plan-

35. El trasfondo musical de esta escena es el ‘Canto del partisano’, himno de la Resistencia francesa, cantado por Yves Montand. <https://www.youtube.com/watch?v=epwynYzSeVQ>. [consulta 07.05.20].

36. Marc Bloch, *La extraña derrota. Testimonio escrito en 1940*. Prólogo de Stanley Hoffmann. Barcelona, 2002. El libro se publicó con una biografía sumaria del historiador.

37. Marc Bloch, “Pour une histoire comparée des sociétés européennes”, in *Revue de Synthèse historique*, 46, 1928, 15-50. Igualmente, *Mélanges historiques*, Paris, 1963, vol. 1, 16-40. Adriaan Verhulst, “Marc Bloch and Henri Pirenne on Comparative History. A Biographical Note”, *Revue belge de philologie et d’histoire*, tome 79, fasc. 2, 2001. Histoire medievale, moderne et contemporaine - Middeleeuwse, moderne en hedendaagse geschiedenis. 507-510. Bloch siguió en el Congreso Internacional de Oslo de 1928 el precedente que por una historia comparada había marcado Pirenne, en el celebrado en Bruselas en 1923: Henri Pirenne, “De la méthode comparative en histoire”, in Guillaume Des Marez and François-L. Ganshof, eds., *Compte-rendu du Ve Congrès des Sciences Historiques*. Bruxelles 1923, 19-32. Bryce and Mary Lyon, “The birth of Annales history: the letters of Lucien Febvre and Marc Bloch to Henri Pirenne (1921-1935)”, Brussels, 1991. Parece ser que los historiadores franceses ofrecieron a Pirenne la dirección de *Annales*. Las motivaciones circunstanciales de la puesta en escena de la historia comparada parecen ser que fueron, en el caso de Bloch, el intento crear en el Colegio de Francia una cátedra de Historia comparada, es decir, eran intereses profesionales. En el caso de Pirenne, además de ser solamente una parte de su discurso, eran motivadas por las circunstancias políticas de su país y su papel de héroe nacional. Pirenne, como Bloch, sufrió los avatares de la Primera Guerra Mundial, en la que, además de ser deportado, perdió un hijo. La guerra afectó el modo de entender la historia del belga y le introdujo en la necesidad de la historia comparada, la necesidad de no hacer historia nacionalista. Tanto Bloch, como Febvre, destacaron este cambio de dirección de un historiador que había realizado una historia nacional. Verhulst señala que la llamada de Pirenne a la historia comparada no se corresponde con un ejercicio por su parte de ella y estuvo muy influenciada por las circunstancias de la posguerra, en un Congreso, al que no fueron invitados los historiadores alemanes.

teamiento este último que a mi entender no se ha realizado del todo puesto que el oficio de historiador sigue siendo muy individualista.

En la segunda parte (la observación histórica), obtenemos una concreción mayor de su mensaje, si anotamos que la historia es entendida como un observatorio que puede deparar sorpresas. De la observación pasamos a la necesidad de gestionar la salvaguarda del patrimonio documental. Recuérdese que Bloch desde las páginas de *Annales* planteó la urgencia de una encuesta por las autoridades públicas con el fin de conocer el estado del patrimonio documental.

La tercera parte que podemos titular *el recurso de la crítica* ocupó casi un tercio del manuscrito, prueba de la importancia que le concedió el autor. El oficio de historiador tiene que ejercerse con diversas herramientas, entre las que sobresale la crítica. Esta solo puede ser entendida como la confrontación por parte del historiador de la teoría, de las hipótesis que está construyendo, con los documentos que utiliza. El ejercicio de la crítica le lleva a adelantar el método ya referido de la historia comparada, del que ha sido un firme defensor John Elliott³⁸. Finalmente, encontramos también un avance de la atención que hay que poner a las falsas noticias y a su propagación:

En nuestra época, más que nunca expuesta a las toxinas de la mentira y de los falsos rumores, es vergonzoso que el método crítico no figure ni en el más pequeño rincón de los programas de enseñanza, pues no ha dejado de ser sino el humilde auxiliar de algunos trabajos de laboratorio. Sin embargo, ve abrirse ante él, de aquí en adelante, horizontes mucho más vastos y la historia tiene el derecho de contar entre sus glorias más seguras el haber abierto así a los hombres, gracias a la elaboración de la técnica de la crítica del testimonio, una nueva ruta hacia la verdad y, por ende, hacia la justicia (p. 107).

En resumen, podemos concluir que el oficio de historiador consiste en hacer preguntas.

El libro de Febvre, a continuación, puede ser presentado como el impulso del debate sobre qué historia. Comprende 15 ensayos, entre los que predominan las recensiones de obras realizadas en la revista *Annales* a partir de 1929. Fue publicado por Armand Colin (París, 1953). Como el anterior figuró entre nuestras lecturas de la carrera. La edición que hemos utilizado es la versión española traducida por Francisco J. Fernández Buey³⁹ y Enrique Ar-

38. Sobre la importancia de la historia comparada cf. J.H. Elliott, *Haciendo Historia*, Madrid, 2012, 189-217. El método comparado, escribe Elliott siguiendo a Marc Bloch, es una forma de poner a prueba hipótesis; permite comprobar explicaciones mediante la observación de la presencia o ausencia de lo que parecían ser características distintivas; puede ayudar a descubrir nuevos hechos históricos que se revelan más claros en el objeto de la comparación; o igualmente a detectar influencias mutuas y disipar el espejismo de las falsas causas locales.

39. Francisco Fernández Buey (Palencia, 1943- Barcelona, 2012). Filósofo, escritor, comunista crítico y marxista singular. Se formó con Manuel Sacristán. Ejerció la docencia en las Universidades de Valladolid y Barcelona (UB y Pompeu Fabra), enseñando Historia de las Ideas y Filosofía Política. En la UPF dirigió la

gullo⁴⁰, que apareció dentro de la colección de bolsillo Ariel Quincenal en 1970, -trece años después de su versión francesa- en español⁴¹. Los libros de bolsillo de Ariel quincenal, junto a los Breviarios del Fondo de Cultura Económica y la espectacular salida de Alianza bolsillo fueron instrumentos decisivos del conocimiento.

La cubierta, diseñada por Alberto Corazón⁴², parece que ha intentado darnos la visión revolucionaria de una nueva historia, que preconizaba su autor. Dejando de lado el marketing editorial y el mayor o menor acierto del autor de la cubierta, creemos que casi parece identificarse con las revoluciones de la primera mitad del siglo XIX. El niño con los pies descalzos que empuña una bandera -sobre un fondo naranja, blanco y amarillo-, en la que podemos leer *Viva el pueblo*, podía ser una réplica de la libertad (Marianne) guiando al pueblo de Delacroix. La elección del niño puede ser una metáfora de la juventud de la historia que necesitaba despejar, o, al menos, eso pretendían Bloch y Febvre que, insistimos, enarbolaron la bandera de lo que ellos deseaban con la propuesta de construcción de una «nueva historia». Finalmente, el color naranja destila optimismo ¿Coincide con el espíritu de *Combats*?

La obra de Febvre fue fundamentalmente de crítico de obras de historia a través de recensiones, primero en la *Revue de Synthèse Historique* y, más tarde, en *Annales*. Ese el mensaje principal del libro *Combats pour l'Histoire*: señalar lo que no es historia, al menos, la historia que él y Bloch, aunque tuviesen divergencias, pretendían hacer y, sobre todo, impulsar. Esta idea, por otro lado, fue apuntada por uno de los responsables de que el libro de Febvre se publicase en español, Josep Fontana, en un artículo al que puso el significativo título «Ascens i decadencia de l'Escola dels Annales»⁴³.

Junto a la idea del debate por crear una nueva historia, Febvre quiere demostrarnos que ésta debe jugar un papel importante en la reconstrucción de un mundo en crisis (1914-1945).

Cátedra UNESCO de Estudios Interculturales y el Centro de Estudios sobre Movimientos Sociales. <https://www.elviejotopo.com/autor/francisco-fernandez-buey/> [Consulta 03.05.20].

40. Rafael Argullol Murgadas (Barcelona, 1949), narrador, poeta y ensayista, ha sido catedrático de Estética y Teoría de las Artes en la Facultad de Humanidades de la Universidad Pompeu Fabra. https://elpais.com/politica/2011/07/20/biografiaeldebate/1311182575_685160.html [consulta 04.05.20].

41. Benoit Pellistrandí (dir.), *La historiografía francesa del siglo XX y su acogida en España*, open books. Actas del Coloquio celebrado en la Casa de Velázquez (24-26 de noviembre de 1999) 2002. El director de la obra comienza escribiendo que una de las aportaciones francesas principales a las ciencias humanas y sociales ha sido la revolución historiográfica de los Annales. Esta escuela generó una amplia polémica, cuya expresión más significativa son los *Combats pour l'Histoire*. El Coloquio surgió para reflexionar sobre el declive de la historiografía francesa en España.

42. Emilio Gil, “Leer las imágenes... de Alberto Corazón”, 03.02.2014, en <https://pionerosgraficos.com/leer-las-imagenes-de-alberto-corazon/> [consulta 06.05.20]. En 1973 tuvo lugar en la sede del Colegio de Arquitectos de Barcelona -y en la Galería madrileña Iolas Velasco- una exposición de Alberto Corazón titulada “Leer la imagen”: diseños editoriales de Alberto en aquellos años del tardofranquismo para Redondo Editor, Ciencia Nueva, Comunicación, Ariel, Castellote, Grijalbo (México), Doncel, Pablo del Río, Seix Barral o Visor. Según este autor son cubiertas con varios niveles de discurso.

43. Publicado en *Recerques. Història, Economia, Cultura*, 4, 1974, 283-298. El propio Fontana prologó la nueva edición de *Combats*, Planeta, 2017.

Bloch había llegado a escribir previamente sobre una crisis de civilización, por eso es también pertinente recordar la influencia que debieron ejercer Spengler y Toynbee, rechazados ambos por Febvre. Bloch en una de las cartas a su colega Pirenne en 1934 escribirá:

¿Nos hallamos simplemente en uno de esos malos períodos de un ciclo hecho de altibajos, en una “fase B”, como decía su *amigo Simiand* a la que necesariamente seguiría una fase A? o por el contrario ¿estamos en el umbral de una crisis de civilización? El historiador sólo profetiza el pasado. En todo caso, cuando bajo el mismo nombre de capitalismo nos referimos a la situación económica de Europa hacia 1860 y a su situación actual, mucho me temo que estaríamos como el entusiasta autor de la *Kaiserchronik*, que bajo Barbarroja, se creía aún en el *imperio* romano. Y tal vez incluso, cuando hablamos de *Europa* o de la civilización occidental ...⁴⁴.

La fecha de publicación de *Combats* (1953), propicia que su prólogo se cierre con una pincelada optimista: «Por encima de tantas tragedias y transformaciones, en el horizonte lucen amplias claridades. En la sangre y en el dolor se engendra una humanidad nueva» (p.10). Estábamos ya en plena Guerra Fría, se había puesto en marcha el Plan Marshall de reconstrucción europea (1948), se había fundado la República Federal Alemana (1949), cuya capital era una pequeña ciudad de Alemania (Bonn), haciéndonos eco del título de la novela de John Le Carré, y, sobre todo, la llamada a la cooperación europea por Robert Schuman (9 de mayo de 1950). Eran los momentos en los que empezaba una larga postguerra que se prolongaría hasta la caída del Muro de Berlín y la descomposición de la Unión Soviética (Judt, 2005)⁴⁵.

Lo que más no ha interesado, sin embargo, de este libro porque enlaza con el sentido de este artículo, es lo que el autor denomina «el alma de papel del historiador», es decir sus inicios a través de sus lecturas y sus maestros. Febvre nos recuerda su ambiente familiar, los profesores que le influyeron, los libros que leyó, su alma de papel. Un coctel variopinto difícil de clasificar a primera vista como un programa de lecturas sistemático. Se trata de textos señalados -aquellos que dejan huella-, de profesores con los que se relacionó, de colegas con los que coincidió, es decir, aquellos con los que compartió vivencias, encuentros, que le reforzaron en su toma de posición historiográfica. La selección no es sin embargo aleatoria. El iniciador principal de la historiografía francesa, los geógrafos que estaban innovando esta disciplina, los historiadores de la cultura y del arte -entre los que no duda en introducir a Stendhal y su peregrinación a Italia-, y los historiadores que le formaron e introdujeron en el mundo académico con los que llegó a convivir profesionalmente.

El nombre, quizá más relevante, sea el de Jules Michelet (1798-1874)⁴⁶, -creo que un perfecto desconocido en nuestro país y su monumental *Historia de Francia*, al que consa-

44. Mastrogregori (1995), *op. cit* 22.

45. Tony, Judt, *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Madrid, 2010, 5ª ed.

46. Camille, Creyghton, *La survivance de Michelet: Historiographie et politique en France depuis 1870*. 2016, 12. <https://dare.uva.nl/search?identifier=1839fcc1-beb2-4dd9-9dd2-cd8a39fb4324> [consulta 06.05.20]. En la Introducción a esta obra Creyghton escribe: «Encore aujourd’ hui on le réédite, on le cite, on l’ invoque à des fins politiques ou autres, on fait des pas-tiches de ses œuvres, comme l’ est en partie le roman de Michon.

gró diversos estudios y conferencias su maestro Gabriel Monod⁴⁷. Michelet sería el equivalente, forzando la comparación, a nuestro Modesto Lafuente o el paraguas de la historia nacionalista que representa Menéndez y Pelayo⁴⁸. Uno de mis recuerdos lectores que relaciono con Febvre y Michelet son las *Mémoires d'espoir* (1970-1971)⁴⁹. En ellas, el general De Gaulle (1890-1970) reconocía, como lectura imprescindible en su formación, la *Historia de Francia* de Michelet -coincidencia muy interesante, tanto con Bloch, como con Febvre-. Un repaso a la biografía del fundador de la V República nos muestra que en su formación

Il n'y a donc pas de date évidente qui pourrait limiter la période historique étudiée dans cette recherche. Il paraît toutefois que, après son apogée à la fin du xix^e siècle, la réception publique et politique de Michelet tend à régresser au xx^e. La réception historiographique prend encore un envol grâce à l'invocation de Michelet par un nombre d'innovateurs de la discipline historique, notamment au sein de la revue *Annales* et dans le mouvement qui s'autoproclame la « nouvelle histoire ». Or, après ces tentatives pour réactualiser l'historien, il perd également de son prestige dans le domaine de l'histoire professionnelle. Par contre, il apparaît au cours du xx^e siècle un foisonnement de nouvelles interprétations littéraires et d'études philologiques spécialisées de l'œuvre de notre auteur. Ce changement dans l'intérêt pour l'œuvre et la figure de Michelet au cours de la deuxième moitié du xx^e siècle – du personnage public et ancêtre révérend des historiens professionnels à l'auteur d'une œuvre devenue objet d'étude littéraire – impose le terme final de la période recherchée».

47. Gabriel Monod, *La Vie et la pensée de Jules Michelet, 1798-1852. Cours professé au collège de France, 2 vols.*, Henri Hauser et Charles Bémont (éd.), Paris, E. Champion, 1923. La bibliografía y la recepción de Michelet parece reducirse a Francia: Aule Petitier, *Jules Michelet. L'homme histoire*, Paris, 2006; Paul Viallaneix, *La voie royale. Essai sur l'idée de peuple dans l'œuvre de Michelet*, Paris, Flammarion, 1971; Paul Viallaneix, *Michelet, les travaux et les jours, 1798-1874*, Paris, coll. « Bibliothèque des Histoires », 1998.

48. Jérôme Gautheret, "L'Histoire de France" de Michelet enfin rééditée", *Le Monde*, 7 de febrero de 2008.

Profesor de l'Ecole Normal Supérieure y responsable en su momento de los Archivos Nacionales, a la caída de Carlos X, «Il décide de se lancer dans une entreprise monumentale: faire une histoire de la France depuis ses origines qui serait la 'restauration de la vie intégrale'. Le récit ne se limiterait pas à la chronique des grands règnes et raconterait la lente marche de la nation vers son émancipation. Ce travail sera fondé sur une révolution méthodologique: le recours direct aux archives, là où les historiens, jusqu'à présent, se contentaient de commentaires de seconde main. Le premier tome paraît en 1833; la gigantesque fresque sera terminée plus de trente ans plus tard, malgré une interruption de huit années (1845-1853) pendant lesquelles Michelet travaille à une superbe Histoire de la Révolution. Sans cesse citée, invoquée ou recyclée, elle n'a pas été republiée dans son intégralité depuis la fin du XIX^e siècle. L'édition par Flammarion des Œuvres complètes, de Michelet, est en sommeil depuis plusieurs années: quatorze volumes sont parus, mais l'Histoire de France s'arrête au règne de Louis XIV... C'est pourquoi il faut saluer l'entreprise téméraire (voire un peu folle) des éditions des Equateurs, qui ont décidé de publier en 2008 les dix-sept volumes de l'*Histoire de France* en format semi-poche et à petit prix, accompagnés de présentations de Paule Petitier, professeur à l'université Paris-VII et biographe de l'historien (*Jules Michelet, l'homme histoire*, Grasset, 2006), et Paul Viallaneix, éditeur notamment du *Journal* de l'écrivain (Gallimard) et des Œuvres complètes inachevées. Deux tomes sont parus à ce jour, qui emmènent le lecteur du temps des Gaulois à la fin du règne de Saint Louis. Ils sont particulièrement représentatifs du projet de Michelet, qui est à la fois méthodologique (le retour aux sources), politique (la glorification de la nation en tant que communauté d'hommes en marche vers l'émancipation), et rituel (communier avec les morts pour souder les liens entre citoyens)».

49. Publicado en español con el título *Memorias de la Esperanza*, Madrid, 1970-1971.

fue fundamental la Historia. Junto a Michelet, Febvre coloca los nombres de Elisée Reclus (1830-1905) y su *Geografía Universal*⁵⁰, en los años del tardofranquismo en proceso de recuperación. *El Renacimiento en Italia* (1860), de Jacob Burckhardt (1818-1897)⁵¹, del que hay que destacar su visión global de la cultura (historia cultural) y su aportación fundamental a la historia del arte (la necesidad de contextualizar las creaciones artísticas). *La Historia del Socialismo* de Jean Jaurès (1859-1914).

Su formación propiamente histórica le lleva a ponerse bajo el paraguas protector de Henri Berr y la *Revue de Synthèse Historique*⁵². Un aspecto interesante que quiero destacar es la relación epistolar -hoy día es imposible pensar en esta fuente- que mantuvo Febvre con Berr, cuya revista y presupuestos doctrinales han sido considerados precursores de *Annales*. Febvre resalta en las páginas de *Combats*, que la gran tarea del historiador es la síntesis y, en ese punto, establece la filiación con Berr. Junto a ellos sitúa a Gabriel Monod (1844-1912)⁵³, calificado junto a Ernst Lavisse -muy citado en este libro- como un historiador que inició la profesión de historiador en Francia, siendo además fundador de la *Revue historique* (1876). Igualmente, el posibilismo -término acuñado por Febvre- de Vidal de La Blache (1845-1918), que llegó a la geografía desde la historia y que transmitiría a la Escuela de los *Annales* la preocupación por los estudios regionales⁵⁴; ahí está, por ejemplo, la obra de Febvre, *la Terre*

50. Teresa Vicente Mosquete, “Elisée Reclus y su aportación a la cartografía”, *Segon Congrés Català de Geografia*. 29-31 de maig de 2008. https://www.researchgate.net/publication/242598583_Elisee_Reclus_y_su_aportacion_a_la_Cartografia [consulta 08.05.20].

51. Jacob Burckhardt, *La cultura del Renacimiento en Italia*, Barcelona, 1968. En los años 70, dentro de la colección Ariel quincenal a la que nos hemos referido, llegó a España la reflexión sobre Burckhardt de Ernst Gombrich, recogida en su libro en el que se editaban diversas conferencias -la colección quincenal editaba sobre todo ensayos- *Tras la historia de la cultura*, Barcelona, 1977. El interés por el historiador suizo sigue existiendo. Véase, por ejemplo, el estudio que le consagra Nuria Corral Sánchez, “La Cultura del Renacimiento en Italia un siglo y medio después: reflexiones en torno a una obra clásica”, *Revista Historias del Orbis Terrarum*, 2014. www.orbisterrarum.cl. [consulta 06.05.20]. Anejos de Estudios Clásicos, Medievales y Renacentistas, Vol. 7, Santiago, 2014, 136-171.

52. Editor y director de la colección *L'Evolution de l'Humanite*. Cf. Bertrand Moller, “Lucien febre et Henri Berr: De la synthèse à l'histoire-problème. *Rev synth* 117, 39-59, 1996. <https://doi.org/10.1007/BF03181302> [consulta 06.05.20]. En esta revista Febvre publicó 280 reseñas. Jean-Pierre Aguet et Bertrand Moller, “Combats pour l'histoire de Lucien Febvre dans la Revue de synthese historique (1905-1939)”, *Revue suisse d'histoire*, 35, 1984, 389-447.

53. Olivier Lévy-Dumoulin, “Les ‘Ecoles historiques’ à l'épreuve de Gabriel Monod. Un historien célèbre et méconnu”, *Revue historique*, 664, 2012, 789-801. <https://www.cairn.info/revue-historique-2012-4-page-789.htm#> [consulta 06.05.20].

54. En las clases de geografía de Manuel de Terán las referencias a Vidal de la Blache estuvieron siempre presentes, porque, al igual que en la historia la influencia de la Geografía francesa fue dominante en nuestra formación: Martonne, Gourou, Papy, George, Derruau, Lacoste etc. Paul Claval, *Evolución de la Geografía Humana*, Barcelona, 1974, 63-76. Aurora García Ballesteros, “Vidal de la Blache en la crítica al neopositivismo en Geografía”, *Anales de Geografía de La Universidad Complutense*, 3, 1983, 25-39. Claval resume el método de Lablache en tres palabras: “primero describir, luego definir y explicar (p.65). El posibilismo, escribe también Claval, puede resumirse en la frase “El hombre dispone sobre aquello que la naturaleza

et l'évolution humaine (1922), en la que trató de plasmar las relaciones entre la geografía y la historia, entre los hombres y su medio. La formulación puede parecer sencilla, pero es de una complejidad enorme. El libro se publicó con un largo «Avant-propos» de Henri Berr. Esta concepción ya se había explicitado en su tesis, publicada en 1912, *Philippe II et la Franche-Comté. Étude d'histoire politique, religieuse et social*. El primer capítulo está consagrado al paisaje del país⁵⁵. Pero, sobre todas sus referencias protectoras, ocupa un lugar principal, y en esto la coincidencia con Bloch es total, Henri Pirenne (1862-1935)⁵⁶, a quién según confiesa, descubrió en 1910. El libro máspreciado de este historiador para Febvre será *Las ciudades de la Edad Media* (1927).

Se abre el libro con *Examen de conciencia (1892-1933)*. la Primera Guerra Mundial produjo un corte, un cambio sustancial en la forma de concebir la historia. El capítulo empieza con la implicación que se da entre el discurso sobre lo que es la historia y la experiencia personal de su aprendizaje. La discusión entre lo que nos han enseñado que es y lo que creemos que debe ser. «Es el momento de regresar al pasado, el momento de volver sobre mí mismo» pronuncia el historiador a bocajarro antes de que seamos conscientes del sentido del discurso.

Los historiadores hacen historia sin pensar en cómo se hace y en qué significa. No se empezaba señalando su objeto, sino los materiales con que se hacía. Los datos no los dan los documentos de modo directo hay que elaborarlos con mucha paciencia. Los hechos los crea, son elegidos por el investigador.

«...la historia que se nos enseñaba a hacer no era, en realidad más que una deificación del presente desde el pasado». Después de la Primera Guerra Mundial, había que reconstruir los cimientos de la historia, había que hacer la historia de los hombres, de los hechos humanos. La historia no servía ya para nada. En la organización de los historiadores, se debía dar también un cambio sustancial, la nueva historia tenía que ser transversal y hacerse en equipo. El historiador no había sido consciente de los grandes cambios operados en la ciencia y en su aplicación desde fines del siglo XIX, los avances de la Física y de la Microbiología. La primera ofrecía el tiempo discontinuo, la segunda nos hace pensar en lo que no se ve, en las cadenas de transmisión internas, como los virus. Creo entender que Febvre utiliza implícitamente el concepto de frontera, como el espacio donde las ciencias se cruzan entre sí. Y, un poco más adelante, refleja el vértigo del cambio acelerado que se está produciendo en el campo científico.

El colofón de esta lectura puede ser semejante al de Bloch. La historia no es hacer juicios, es comprender y después explicar. El tono del historiador debe ser en consonancia escuchar,

permite” (p. 70). Horacio Capel, *Filosofía y ciencia en la Geografía contemporánea. Una introducción a la Geografía*, Barcelona, 1981.

55. La edición que utilizamos en España fue la de Flammarion de 1970, que era encabezada por un prefacio de Fernand Braudel.

56. Bryce Lyon, *Henri Pirenne: A Biographical and Intellectual Study*, Ghent, 1974.

saber encontrar un sentido a los testimonios, nunca condenar. El mensaje final es la necesidad de cada grupo de volver a la historia, para comprender el presente. La historia ayuda a vivirlo.

2.2. Dos apuntes procedentes de la historiografía anglosajona: The New Cambridge Modern History (1957) dirigida por Sir George Clark y What's history de Edward Hallet Carr (Londres 1961)

La Historia de Cambridge se presentó como el adiós a la historia que se había escrito hasta entonces. En 1976, coordinada por Joan Reglá (1917-1973) -que había participado en la edición inglesa⁵⁷-, apareció la versión española con el sello de la editorial Sopena⁵⁸. Reglá destacaba como característica de esta obra la tensión entre la tradición y las innovaciones, entre lo que permanece y lo que cambia. Es decir, el equilibrio (continuidad) o desequilibrio (rupturas) en el tiempo histórico. El discípulo de Vicens aprovechó el mito del Rapto de Europa, sobre el que escribió Díez del Corral⁵⁹, para explicar el cambio transcurrido entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial. La pérdida de protagonismo de Europa era la distancia que separaba la Historia de Cambridge dirigida por Lord Acton (1896-1912) y la nueva liderada por Sir George Clark (1890-1976) en 1957 (reeditada en 2008). En palabras de Reglá, Europa Occidental, habría perdido la capitalidad de la Ecúmene o conjunto del mundo habitado. La vieja Europa ya no era el centro del mundo. Abandonábamos lo que los historiadores económicos han denominado la Primera Globalización:

De la expansión de la revolución industrial a la revolución científica que preside Albert Einstein, del romanticismo al modernismo, los repartos de África y la sumisión del continente amarillo (...) todo parece afirmar la neta hegemonía de las grandes potencias europeas en el mundo. Todavía a principios del siglo XX -y el dato es elocuente-Inglaterra rebasaba ampliamente a los Estados Unidos en las inversiones en Hispanoamérica. En 1913 el tráfico entre las dos Américas es cinco veces menor que el sostenido entre los países sudamericanos y Europa (p. X).

El tema de la desigualdad que ha caracterizado al mundo durante la tercera globalización es señalado por Reglá para definir los años sesenta, como la «década del desarrollo» (la *sociedad opulenta* de Galbraith, 1958) o la «década de la frustración», desde Europa o desde el

57. "Spain and her empire", t. V: *The Ascendency of France (1648-88)*.

58. Fundada en 1894 en Vilanova i la Geltru por Ramón Sopena (1867-1932) y clausurada definitivamente por quiebra en 2004. Esta misma editorial había realizado también la versión española de la primera edición de esta obra a cargo de Eduardo Ibarra y Rodríguez (1866-1944), entre 1914-1918, en 24 tomos.

59. Luis Díez del Corral: *El rapto de Europa. Una interpretación histórica de nuestro tiempo*, Madrid, 2018 (1ª ed. 1954). Sobre Ibarra cf. Luis Miguel de la Cruz Herranz <http://dbe.rah.es/biografias/12492/eduardo-ibarra-y-rodriguez> [consulta 05.06.20]. Destaco que fue catedrático de Zaragoza y de la Universidad Central, coincidiendo en esta última con Rafael Altamira.

*Tercer Mundo*⁶⁰. El historiador catalán acude a la encíclica *Populorum Progressio* para señalar que el papa Pablo VI definió las dos caras de la moneda aludiendo al desarrollo integral del hombre que debía corresponderse con el desarrollo solidario de la Humanidad.

Los británicos tenían por la historia, leemos en el texto de Clark, un gran interés. Era un elemento básico para entender el papel que Gran Bretaña debía jugar en las relaciones internacionales, dada la importancia del Imperio. La historia se consideraba también un género literario, lo que explicaba su atractivo. Incluso algún reputado historiador recibió el premio nobel de literatura. Cuando Acton se hizo cargo de la dirección de la obra se decidió reducir el marco cronológico a la historia moderna, entendida como un continuo desde el siglo XV hasta la época actual. En nuestro país mantuvo una perspectiva semejante Vicens Vives y antes que él, con un sesgo diferente Rafael Altamira⁶¹. El historiador catalán escribirá al respecto en su *Historia General Moderna*:

Consideramos los cinco siglos que integran la Historia Moderna como un todo coherente. La Revolución francesa, tanto tiempo adoptada como un fin de etapa, sólo es un mero accidente en la marcha general del proceso histórico que se inicia en el Renacimiento y se disgrega en la crisis del siglo XX. La realidad de los hechos demuestra la continuidad de sus trayectorias esenciales durante dicho período: capitalismo, descubrimiento, conquista y explotación de la tierra por Europa, burguesía nacional, potencialidad del Estado, triunfo de la fe en la razón y la ciencia y defensa de la catolicidad contra los sucesivos movimientos disgregadores⁶².

60. El concepto empezó a utilizarse en la década de los cincuenta, en plena Guerra Fría, cuando el demógrafo francés Alfred Sauvy (1898-1990) escribió: «Nous parlons volontiers des deux mondes en présence, de leur guerre possible, de leur coexistence, etc., oubliant trop souvent qu'il en existe un troisième, le plus important, et en somme, le premier dans la chronologie. C'est l'ensemble de ceux que l'on appelle, en style Nations Unies, les pays sous-développés» (*L'Observateur*, 14 août 1952, n°118, 14). Sauvy se refería a este tercer mundo para señalar que la causa de la confrontación de los dos primeros residía en la tensión generada por el dominio de este. El concepto de Tercer Mundo apareció ligado en esos años en que estudiamos al de subdesarrollo. Entre nuestras lecturas de formación figuró el libro de Paul Bairoch, *El tercer mundo en la encrucijada. El despegue económico desde el siglo XVIII al XX*. Madrid, 1973. En esta obra se formulaban cinco preguntas básicas. Cómo se produjo el despegue de los países desarrollados (el paso de una sociedad agraria tradicional a una sociedad industrial); Por qué los países subdesarrollados no pudieron seguir en el siglo XIX el camino de Europa Occidental, Estados Unidos o Japón; que ha ocurrido en la posguerra de la 2ª Guerra Mundial con el problema del subdesarrollo; qué obstáculos se oponen a su desarrollo; por último, cómo se puede salir del bucle de la pobreza. Igualmente, en esos años recibimos la visita y la influencia de Josué Castro (1908-1973), autor de una *Geografía del Hambre* (traducido al español en 1950) y de una *Geopolítica del hambre* (traducido al español en 1955). Cf. Manuel Ouviaña García, *Josué de castro (1908 - 1973). Biografía intelectual, científica y política de un luchador contra el hambre*, Tesis doctoral, Universitat Pompeu Fabra, 2017.

61. Julio Arostegui, 2006, *op. cit* 125-126.

62. Jaime Vicens Vives, *Historia General Moderna*. Barcelona, 1974. 9ª ed. (1ª ed. de 1942), 3. Sobre la génesis de esta obra el prólogo de José María Lacarra al vol. 11 de la *obra dispersa* del historiador catalán subtitulada «España, América, Europa», Barcelona, edit. Vicens Vives, 1967. Para el concepto de Contemporaneidad, Julio Aróstegui, *op. cit*. En este trabajo se considera que el término lo elaboran los revolucionarios.

Clark, en su introducción a la nueva Historia de Cambridge, trata de explicar, por un lado, la novedad que con respecto a la historiografía anterior significó la primera edición. Por otro, establecer tanto la continuidad, como la discontinuidad, entre las dos ediciones.

Los rasgos fundamentales de la primera edición pueden encontrarse en la importancia del enfoque desde el presente. En la investigación concebida como obra colectiva. En el enunciado de que el ejercicio de la historia es encontrar el tejido que conforma la continuidad. El historiador debe, en primer lugar, elegir los materiales con los que confeccionar su discurso, eliminando lo superfluo. La historia se presenta, pues, como una actividad atada a la realidad. Fue capital para su desarrollo la organización y sistematización de los archivos. Los «hechos» aparecen en el lenguaje de los historiadores como los átomos del discurso histórico y la historia es definida como la conciencia de la continuidad. Nuestra disciplina es historia general, pero, también, historias particulares. En su progreso ha sido fundamental el desarrollo del Estado, la creación de los repositorios documentales y su reglamentación. A este último aspecto le dedica un gran espacio la introducción de Clark, que se complementa con el análisis de la función del historiador -en sus orígenes, se nos recuerda, al servicio del poder-. Esa relación cambiará con el nacimiento de las grandes instituciones dedicadas a la investigación y con el desarrollo de los centros de enseñanza superior en los que surge la carrera de historiador y el profesional de la historia se emancipa del poder.

En aquellos años estaba presente la propuesta de Benedetto Croce (1866-1952) de que «toda verdadera Historia es idealmente contemporánea» (1912)⁶³. Clark lo explicaba de esta forma:

(...) si no hubiera continuidad entre el pasado y el presente, si el historiador, viviendo como vive en el presente, no pudiera asimilar el pasado en su presente, no podría conocer ni escribir acerca de él nada que resultara cierto o inteligible para sus contemporáneos (p. XVI).

Por otro lado, se era consciente de que la historia debía ser una labor colectiva dada la magnitud de las fuentes, de los materiales (acabamos de referirnos a los archivos):

El historiador que aspire a conocerlos todos, debe desistir en el empeño de manejarlos por sí mismo. Deberá aceptar con confianza lo que otros eruditos han escrito sobre el tema. Tendrá que contentarse con aportar su contribución a la investigación conjunta (p. XVIII).

La historia se definía como el estudio de la vida humana en su marco temporal, el historiador ejercía su oficio enlazando los distintos tiempos, las diferentes épocas, dándoles la trabazón intelectual de la continuidad. Hacerse cargo de los elementos del pasado más convenientes, entre el conjunto de materiales que constituyen las fuentes, era elección del historiador. La historia es, por tanto, un ejercicio de selección que necesariamente deter-

rios de fines del XVIII-comienzos del XIX para resaltar su ruptura con la etapa anterior y posteriormente se convierte en categoría historiográfica.

63. Benedetto Croce, *Teoría e historia de la historiografía*, Buenos Aires, 1965.

mina la interpretación: «los historiadores tienen que escoger sus pruebas de entre todos los libros, manuscritos y objetos materiales que puedan aportar alguna información adecuada» (p. XVIII). El camino que se recorre en la investigación debe partir de lo realizado por los investigadores que nos antecedieron. de las fuentes secundarias como antesala de los documentos originales. Este es lo que quiere decir también que la investigación histórica es un ejercicio colectivo. Cuando Lord Acton y sus colegas, a los que se denominó «historiadores liberales», pusieron en marcha su aventura editorial, bajo el paraguas del paradigma de Ranke, al que aquel definió como un explorador, no buscaban hacer «historia pura», aislándose de la realidad, como hemos tratado de hacer ver, sino todo lo contrario. Es decir, querían poner en marcha una síntesis útil.

Precisamente el acento distintivo, que es con el que arrancará la obra de Carr que anotaremos a continuación, era que la nueva edición de la Historia de Cambridge, pilotada por Clark, añadió al adjetivo definitivo, la relatividad del por ahora: «los historiadores de la generación posterior -escribe este último- no podían ya pensar en una perspectiva semejante. Su única esperanza es que su obra sea superada una y otra vez» (p. XXII). No hay por tanto una verdad histórica objetiva. Por otro lado, se ponían en guardia contra la pretendida exhaustividad del quehacer histórico, la idea de abarcarlo todo resultaba inapropiada. Sin olvidarnos de que los materiales con los que se construye la historia han sufrido ya un proceso de selección al azar o premeditado. La historia es definida como la conciencia de la continuidad, de ahí que la apelación a la herencia, a la familia, a la tradición oral, al lenguaje ritual, sea fundamental. La historia no debe basarse solo en la palabra escrita:

Es cierto que la historia escrita nos proporciona un conocimiento más seguro del pasado. Las palabras escritas son más precisas y fáciles de manejar (sic), aun cuando sean menos expresivas que las habladas; pero la escritura no invalida a la tradición oral⁶⁴. Existen acentos y entonaciones que pueden ser enseñadas, pero no escritos, y la historia escrita está todavía empotrada en las continuidades más profundas -la física, la biológica, la ritual y la tradicional-. Son éstas menos claras y explícitas, pero poseen un valor independiente y a veces sirven para interpretar los escritos que sobreviven. Todas estas continuidades están conectadas orgánicamente; todas constituyen medios por los que el presente lleva consigo al pasado; la historia no es, pues, la continuidad de la vida humana sino la continuidad consciente (p. XXV).

Finalmente, Clark acababa exponiendo un manifiesto del espíritu que albergaba la nueva edición. Exponer los resultados de la investigación de la Historia de la Civilización Occidental «que desde el siglo XV se difundió desde sus primitivos hogares europeos, asimilando elementos extraños en su camino expansivo hasta que quedó más o menos firmemente establecida en todas las partes del mundo». Es decir, se partía, -en esto no hay grandes diferencias

64. La obra sobre los romances y sobre el Cid de Menéndez Pidal puede ser un buen ejemplo de esto último.

con las obras de síntesis, o manuales, que manejábamos en España en aquellos años- de una visión muy eurocentrista de la Historia⁶⁵.

El contenido general de la obra intentaba abarcar todas las temáticas que conciernen a una síntesis -el orden en que se presentaban no es neutral-:

Sus aspectos político, económico, social, cultural y religioso. Siempre que sea posible combinar estos aspectos, o algunos de ellos, en una sola exposición lo haremos, pero no se realizarán síntesis forzadas o simplificaciones artificiales. Cuando los diferentes factores sean interdependientes los reuniremos, pero cuando no lo sean, serán tratados separadamente (p. XXXIII).

Era también propósito de la obra intentar un relato conjunto de toda la historia moderna. El enfoque debía basarse en una combinación en que el protagonista fuera, tanto la estructura de la sociedad, como el curso de los acontecimientos. Finalmente, se apostaba por una obra que incluía a representantes de muchas escuelas de pensamiento. En este sentido, no había ruptura con los principios liberales de la edición anterior:

Son representantes de muchas escuelas de pensamiento y de muchas ramas especializadas de la investigación; pero es tan grande su herencia común que esperamos mediante toda esa diversidad, crear una Historia perfectamente articulada (p. XXXIV).

Unos años después de la publicación de la Historia de Cambridge Carr impartió sus *Trevelyan Lectures*, que se convirtieron al año siguiente en *What's history*. Fue traducido por Joaquín Romero Maura (Biblioteca Breve, Seix Barral, 1967) y fue libro de lectura de la Asignatura de segundo de Comunes, como el texto de Marc Bloch. En las primeras páginas el autor escribió que, antes de enfrentarse a un libro de historia, hay que conocer al historiador y su contexto, que influyen necesariamente en la obra de que se trate⁶⁶. El diplomático-historiador, explica su bisnieta⁶⁷, no fue un historiador convencional, ni estudió, ni se doctoró en la Universidad en historia. Se graduó en lenguas clásicas en Cambridge (1916) y después ingresó en el Foreign Office. En 1919, como Keynes, formó parte de la delegación inglesa en el Tratado de Versalles⁶⁸. En 1936 asumió un puesto en la Universidad de Aberystwyth como profesor de política internacional. Aquí comenzó sus escritos sobre política exterior, entre

65. Santiago de Luxán Meléndez “Hacia una definición de la Historia Moderna de los manuales y obras generales del panorama editorial español: 1970-1988”, *Boletín Millares Carlo*, 11,1990, 237-264.

66. Haslam, *op. cit.*

67. <https://conversacionsobrehistoria.info/2019/08/22/en-defensa-de-la-historia-i-la-mirada-de-e-h-carr/> [consulta 17.05.20]. El año pasado (2018), escribe su bisnieta Helen Carr, ¿Qué es la Historia? “fue publicado como Penguin Classic y desde su publicación original se han vendido más de un cuarto de millón de copias. Sigue siendo un texto clave en el estudio de la historia y sus preguntas provocativas perduran e influyen todavía en algunas de las principales cuestiones a las que se enfrenta nuestra sociedad cuando se trata del problema de los «hechos»”.

68. *Las consecuencias económicas de la paz* es un libro que tuvo también importancia en nuestra formación.

ellos *The Twenty Years Crisis* (1939). En 1941 se convirtió en editor asistente del Times. No entrará en el mundo académico, en Oxford, hasta comienzos de los años 50', habiendo ya escrito los tres primeros volúmenes de su *A History of the Soviet Union 1917-1923* (1950-1953). En 1955 se trasladó al Trinity College de Cambridge. Originalmente liberal, Carr comenzó a mirar el mundo con «ojos diferentes» y desde 1931, después de la Gran Depresión, comenzó a perder la fe en el concepto de capitalismo y en la estructura política en la que este se forjó, podríamos decir que en el liberalismo. Assa Briggs (1921), historiador social británico, en una entrevista publicada por María Lucía Pallarés-Burke, recuerda a Carr «como un historiador que estaba reaccionando contra el liberalismo de entreguerras»⁶⁹. La influencia de la Revolución Soviética y la crisis del Capitalismo sobre la que escribió, junto a las dos conflagraciones mundiales, le llevaron a acercarse al marxismo⁷⁰. Helen Carr destaca la valoración subjetiva de la historia como uno de los principales mensajes de su bisabuelo, cuyo antecedente fue R. G. Collingwood, al que somete a crítica en *What is History*. «Poco antes de su muerte Carr había preparado material para una segunda edición de ¿Qué es la Historia? Solo llegó a escribir el prefacio, pero en él se muestra partidario de «una visión optimista, o por lo menos más sana y equilibrada del futuro»⁷¹.

En la introducción de *A History of the Soviet Union*, Carr avanzó algunas de las cuestiones que tratará con más profundidad en *What is History*. Por ejemplo, las dificultades y el cuidado en la realización de la historia comparada:

Los libros escritos en Gran Bretaña y Estados Unidos sobre Europa occidental y central han errado muchas veces su objetivo por partir inconscientemente del supuesto de que la política e instituciones francesas, italianas o alemanas, por ejemplo, pueden ser entendidas mediante analogías con sus equivalentes británicos o estadounidenses. Ninguna persona razonable sentirá, en cambio, tentaciones de medir la Rusia de Lenin, Trotski y Stalin, con patrones tomados de la Inglaterra de MacDonald, Baldwin o Churchill o de la América de Wilson, Hoover y Franklin Roosevelt.

El análisis debe dirigirse a establecer la relación entre los propósitos de los personajes clave y sus realizaciones⁷². Es muy importante señalar no solo el objeto de la investigación sino también el enfoque que pretendemos: «mi propósito ha sido escribir la historia, no de los acontecimientos de la revolución (ya relatados por muchos autores) sino del orden po-

69. María Lucía Pallarés-Burke, *La nueva historia: Nueve entrevistas*, Valencia (trad. De Vicente Berenguer) 2005, 53.

70. Antes de su muerte en 1982, se le instó a formalizar sus creencias políticas, lo que hizo en una carta personal de tres páginas a mi abuelo, que sobrevive escondida en lo profundo de los archivos familiares; estipula que era un marxista. <https://conversacionsobrehistoria.info/2019/08/22/en-defensa-de-la-historia-i-la-mirada-de-e-h-carr/> [consulta 17.05.20].

71. *Ibidem*. Como biógrafo de Carr, Jonathan Haslam. *E.H. Carr. Los riesgos de la integridad*, Universitat de Valencia, 2009. Roberto Breña. “E. H. Carr: Historia, disidencia e ideología”, <https://www.nexos.com.mx/?p=14526> [consulta 17.05.20].

72. E. H. Carr, *La Revolución Bolchevique 1917-1923*, Madrid, 1977, 9.

lítico, social y económico que nació de ella». La realización del estudio, sin embargo, acaba modificando el propósito inicial y lo que iba a ser una recapitulación de los logros de la etapa de Lenin al frente de la Unión soviética se convirtió en una obra de tres volúmenes. Después vendrían muchos más. Los acontecimientos que forman parte del discurso se eligen en función de su trascendencia futura. Esta circunstancia se relaciona con la abundancia de la documentación y por la reserva de acceso en los archivos de la documentación oficial. El orden en que se articula el discurso es también una cuestión principal.

Lo primero que llama la atención al abrir las *Trevelyan Lectures*, es la cita situada junto a la página de créditos. Catherine Morland, la protagonista de la novela de Jane Austen, *Nortanger Abbey*, escrita a comienzos del siglo XIX, se expresa de esta forma: «me maravillo a menudo de que resulte tan pesada, porque gran parte de ella es pura invención». La rotundidad de la afirmación es un recurso de Carr, dispuesto a ponernos en guardia, desde el principio, sobre la función y el papel de la historia.

La historia es un dialogo entre los acontecimientos del pasado y las metas del futuro que van surgiendo. La lectura fresca, con el tono de conferencia, es decir del que se está dirigiendo a un público que escucha, nos dirige a la preocupación teórica que hemos visto en las lecturas anteriores. La necesidad de diferenciarse del positivismo y del fetichismo de los hechos, que no nos son dados sino elegidos por el investigador. De la polémica mantenida con el ensayista Isaiah Berlin (*Historical Inevitability*, 1955), que mantendrá durante toda su vida, surge la necesidad de reiterar que la investigación histórica se dirige al individuo en sociedad. Incluso la construcción intelectual que es la historia no es un ejercicio exclusivamente individual.

El saber del historiador no es propiedad suya exclusiva: hombres de varias generaciones han contribuido probablemente a su acumulación. Los hombres cuyos actos estudia el historiador no fueron individuos aislados que obraban en el vacío: actuaron en el contexto y bajo el impulso, de una sociedad pretérita (p.46).

El historiador estudia cómo funcionan las cosas a través de hipótesis, pero no como escribía Bloch desde un observatorio sino inserto plenamente en su contexto. No solo interesa por tanto el objeto que mira y el cómo lo mira, sino desde donde lo observa. Se ocupa de lo particular, pero sobre todo de lo que hay de general en lo único con el fin de comprender el pasado y el presente⁷³. La historia es la investigación de las causas de nuevos temas y contextos. Temas complejos que requieren respuestas complejas. Causas y responsabilidad moral son categorías diferentes. Frente a lo inevitable el historiador se mueve en el terreno de lo probable. No existe un progreso lineal. La historia es incorporación de experiencia, construcción y transmisión de conocimientos.

73. El debate de Carr se dirigió también al Karl Popper de *La miseria del historicismo*, Madrid, 1973.

3. Un horizonte que se abre ¿Es necesaria una nueva defensa de la historia en 2021?

Este texto se ha centrado en la experiencia, reconstruida desde la actualidad, de los que nos formamos en Historia en los últimos años del Franquismo en la Universidad Complutense. No me atrevo a generalizar esta reflexión a otras universidades, aunque puede que se pareciera. Quizá pueda producir un cierto espejismo esta visión en la que predomina la recepción la Escuela de Annales, de la moderna geografía francesa bajo el magisterio de D. Manuel de Terán, del Materialismo histórico a través de monografías como la citada de Pierre Vilar sobre Cataluña, e incluso la lectura del Schumpeter de *Capitalismo, Socialismo y Democracia*, o de la forma de hacer historia anglosajona, frente a una historiografía más positivista. Creo firmemente que esta modernización de la enseñanza de la historia en España, en la que en las Universidades aún no se habían implantado los departamentos y en la que existía, como ahora, una masa crítica importante de profesores no numerarios, la historia tradicional y rancia de corte positivista estaba muy debilitada. No me atrevo a señalar y desde luego esa no es la intención de mi aportación que una gran parte del profesorado respondiera a ese perfil, al menos en Madrid. La expectación ante el cambio político, social y cultural era muy importante y debía trascender a las aulas.

Al haber subrayado en el título *Entre la recreación de un recuerdo y la construcción histórica* he intentado situarme, precisamente, a medio camino entre la memoria personal, o quizá la egohistoria, y la construcción del pensamiento histórico. Quizá se entenderá mejor este trabajo si volvemos a incidir en la acertada expresión que tomo de Febvre del *Alma de papel del historiador*, en la que ocupan una parte sustancial las lecturas de formación y los maestros.

He pretendido con este trabajo y esto puede explicar la aparente desconexión entre sus dos apartados, presentar por un lado nuestras lecturas y por otro la contextualización necesaria que nos faltó en su momento. Me ha parecido de gran relevancia, al menos para mí, constatar a posteriori la relación entre el contexto, me he referido a las discontinuidades históricas, y el cambio en la manera de enfocar la historia. En el breve espacio que tiene un artículo he elegido cuatro lecturas, podían haber sido otras, dos francesas y dos británicas que me han permitido ver bastantes similitudes en su planteamiento, independientemente de que apenas se citen entre ellos. La vuelta a estos historiadores, presentes en nuestra formación, me ha hecho ser consciente que ellos mismos han sido objeto de investigación y que las biografías de estos historiadores y el uso de sus documentos ha generado una abundante literatura que nos ha permitido poder realizar esa contextualización a la que en los años del Tardofranquismo no accedimos.

He querido resaltar que la relectura de aquellos viejos textos sigue siendo muy útil en la actualidad, en que la historiografía ha avanzado muchísimo. La necesidad de una nueva manera de presentar y de hacer la historia parece manifiesta. A mi entender hay que hacer un gran esfuerzo por mantener viva la tensión entre una historia general, que cada vez debe ser más global, y las historias particulares. El oficio de historiador es hacerse preguntas y, según la escala temporal, geográfica o temática con que aborde las respuestas, ofrecer mensajes de largo recorrido que contribuyan a la creación de una cultura colectiva, combinando

ese discurso con la historia particular. Por esta razón respondiendo a la pregunta de modo afirmativo, si creo que es necesaria una nueva *Apologie de l'Histoire*, y en la idea original que he tratado de abreviar y hacer más comprensible, haciéndome eco del libro *Manifiesto por la Historia* (2014) de Jo Guldi y David Armitage, había situado en el primer título que pensé para este artículo *Pequeño manifiesto por la Historia*.